

aquella melancólica mirada de los últimos años de su vida, que Wilberforce calificó de *mirada de Austerlitz*.

Empero la vigorosa inteligencia de Pitt y su indomable altivez eran las mismas de siempre. Había empeñado á una apuesta el porvenir de Europa, y para jugar la última carta contra la influencia francesa, logrado formar una coalición poderosa, oponiendo, á su parecer, barrera insuperable á las ambiciones del enemigo comun con las fuerzas reunidas del Austria, de la Rusia y de la Gran Bretaña. Mas el talento de Napoleon prevaleció, dando al traste con los proyectos del ministro inglés; porque mientras las tropas británicas hacían sus preparativos de embarque hácia las costas de Alemania, y los rusos llegaban lentamente á Polonia, el Capitan del siglo, con una rapidez sin ejemplo hasta entonces en la historia de la guerra, trasportó cien mil hombres desde las orillas del Océano al interior de Alemania, y obligó á rendirse á un ejército austriaco. Al primer rumor de la batalla de Ulm, ganada por los franceses, Pitt se negó á dar crédito á las nuevas de la catástrofe, y hasta se irritó contra las personas que acudieron á él llenas de alarma, diciéndoles: «Nada creais; que todo es ficción y mentira.» El día siguiente recibió un periódico de Holanda que contenía la capitulación; y como no supiera el holandés, y además las oficinas estuvieran cerradas por ser domingo, fué á casa de lord Malbesbury, que había sido embajador en aquel país, para que le tradujera el papel. Pitt se reprimió; pero el golpe había sido demasiado fuerte, y salió del gabinete de su amigo con la palidez de la muerte en el rostro.

La nueva del combate de Trafalgar, que llegó á los cuatro días, pareció reanimarlo algun tanto.

Cuarenta y ocho horas despues de que tan gloriosa y triste jornada fuera conocida del país, tuvo lugar la toma de posesion de un *lord-maire*, y Pitt comió en Guild-Hall. Su popularidad estaba entónces en descenso; pero en aquella ocasion, la multitud, entusiasmada con la reciente victoria conseguida sobre la escuadra franco-española, quitó el tiro de caballos de su carroza en Cheapside y la llevó hasta King-Street en triunfo. Contestando en el banquete á un brindis, pronunció dos ó tres frases grandilocuentes de su repertorio, siendo una de las que más impresion produjeron en el concurso la siguiente, que había de ser la postrera de su vida de orador: «Esperemos, señores, dijo, que la Inglaterra, despues de haberse salvado á si misma con su energía, salve á la Europa con su ejemplo.»

Poco tardó Austerlitz en completar á Ulm. Habíase retirado Pitt los primeros días de Diciembre á Bath, esperando cobrar allí nuevas fuerzas para la próxima legislatura, y se hallaba reclinado en un sofá cuando recibió la noticia de haberse dado y perdido en Moravia una batalla; quedando por efecto de ella disuelta la coalición y el continente á los piés del vencedor. Pitt cayó como herido del rayo. Dos días despues estaba tan demacrado que no parecía el mismo. Abandonó á Bath entónces, y haciendo el viaje á pequeñas jornadas, llegó á su quinta de Putney el día 11 de Enero de 1806. Las Cámaras debían reunirse el 21, y el 20 verificarse un banquete parlamentario en casa del primer lord de la Tesorería; pero la vida del gran ministro llegaba á su término, quedándole sólo una probabilidad de prolongarla, dimitiendo su cargo y recogíendose á pasar algunos meses en completo reposo; mas aún cuando sus colegas le hacían breves visitas y evitaban hablarle de

política, su espíritu, acostumbrado al mando, no podía siquiera en aquella extremidad abandonar una esperanza de conservarlo, en la cual nadie sino él creía.

El mismo día de su llegada á Putney, desembarcaba en Lóndres al cabo de ocho años de ausencia, su amigo el marqués de Wellesley, á quien había nombrado gobernador de la India, y cuyo mando fué tan hábil, enérgico y feliz. Viéronse y se abrazaron y departieron largamente, separándose sin que Pitt sospechara que ya no volverían á encontrarse más en esta vida, pues se había persuadido aquellos días de ir camino de un completo restablecimiento. Durante su plática, sostenida toda ella de una manera reposada, tranquila y hasta placentera por su parte, hablando de diversos asuntos, hizo un elogio sincero y razonado de Arturo (1), hermano de su interlocutor, y añadió: «Nunca he visto un militar cuya conversacion satisfaga más.» Pero las emociones de su conferencia con el de Wellesley agotaron las fuerzas del enfermo, que acabó por desmayarse, retirándose convencido el Marqués de que se acercaba el momento del desenlace.

Así las cosas, los diputados iban llegando á Lóndres y los jefes de la oposicion celebraban reuniones para concertarse respecto de la línea de conducta que debería de seguirse desde la primera sesion; y siendo fácil suponer los términos del discurso de la Corona y los de la contestacion que se propondría, prepararon una enmienda para censurar la política del Gobierno, la cual apoyaría en la Cámara de los Comunes lord Enrique Petty, joven á

(1) El que fué luego duque de Wellington y de Ciudad-Rodrigo.—N. del T.

la sazón, pero que había ya sabido conquistar en su patria el lugar preferente que conservaba mejorado al cabo de medio siglo (1). Sin embargo, como á lord E. Petty repugnaba hostilizar á un hombre incapacitado de poder defenderse, y lord Grenville, sabedor del estado de Pitt por lord Wellesley, había encarecido á todos la prudencia, y Fox, con su bondad característica, dicho lo propio, expresando lo que sentía respecto de su rival moribundo con estas generosas palabras: *Sunt lacrymæ rerum, et mentem mortalia tangunt*, el primer día de la legislatura pasó sin debate.

Aquella noche circuló el rumor de que Pitt se hallaba un tanto repuesto; pero á la mañana siguiente manifestaron los médicos que ya no había esperanza de remedio. Y como sus grandes facultades comenzaran á decaer, su preceptor y amigo de Cambridge, el obispo Lincoln, le avisó del peligro en que lo veía, y le dirigió aquellas exhortaciones piadosas que pudieran ser comprensibles á una inteligencia velada ya y oscurecida de las sombras tristes de la muerte. Hablóse mucho entónces con este motivo de la devocion mostrada por el moribundo en tan supremos instantes; mas ningun crédito mereció cuanto se dijo á los ojos de los que le conocían, y Wilberforce, su íntimo amigo, comenzó por desmentir el aserto, declarándolo imposible de todo punto, y añadiendo que «Pitt había eludido siempre tratar de asuntos religiosos, reservando su opinion en la materia.» Otros, á su

(1) Lord E. Petty es más conocido bajo el nombre de marqués de Lansdown. En 1806 fué canceller de Hacienda en el ministerio de notables, y en nuestros días ha sido presidente del Consejo dos veces.

vez, en elegías, declamaciones académicas, brindis y poesías premiadas en certámenes universitarios, repitieron hasta la saciedad que había muerto el gran ministro exclamando: «¡Oh patria mía!» Fábula también, pues la verdad del caso es que las únicas palabras pronunciadas por Pitt cuando todavía se daba cuenta de su sentido, fueron exclamaciones acerca del estado alarmante de los negocios públicos. Pitt espiró el 23 de Enero de 1806, el vigésimo quinto aniversario del día en que por primera vez tomó asiento en la Cámara y á los cuarenta y siete de su edad. Diez y nueve años había sido primer lord de la Tesorería y primer ministro, pudiéndose decir que desde el establecimiento del sistema representativo en Inglaterra ningun hombre de Estado había ejercido tan largo tiempo el poder supremo; porque, si bien Walpole fué más de veinte años primer lord de la Tesorería, débese de tener en cuenta que sólo despues de haber ejercido ese cargo muchos años llegó en realidad á ser primer ministro.

Un diputado propuso á la Cámara que se hicieran á Pitt públicos y solemnes funerales, y que, además, se levantara un monumento á su memoria; proyecto que impugnó Fox en un discurso, digno de ser estudiado como muestra de buen gusto y de nobles sentimientos, pues si nunca se impuso el orador deber más penoso de cumplir, nunca tampoco produjeron su ingenio y su corazón obra más perfecta de urbanidad y delicadeza, como así lo reconocieron los amigos del finado. Sin embargo, 288 votos contra 89 sancionaron la proposición, fijándose la fecha del 22 de Febrero para los funerales.

Dos días permaneció expuesto el cadáver en la Cámara Pintada del Parlamento ántes de ser trasla-

dato con gran pompa á la nave del Norte de la célebre abadía de Westminster, formando su cortejo numeroso séquito de príncipes, títulos, prelados y consejeros, recibiendo sepultura cerca de la en que descansaban los restos de su ilustre padre, y á poca distancia del lugar en donde sería presto enterrado también su no ménos ilustre rival. El aspecto de los circunstantes expresaba profunda tristeza, y claramente se veía que su duelo era sincero y profundo. Ni tampoco podía ser de otra manera, pues se hallaba en la mente de todos que aquel á quien inhumaban entónces había sucumbido víctima de ansiedades y amarguras sin cuento que cada uno sentía en su corazón. Y en el momento de bajar el ataúd pareció que la imágen de Chatham, esculpida sobre su mausoleo, miraba consternada la lóbrega fosa donde había de quedar, encerrada con los restos de su hijo querido, la ruina de tanto poder y tanta gloria.

Las diferentes fracciones de la Cámara de los Comunes votaron por unanimidad la suma de cuarenta mil libras esterlinas para pagar los acreedores de Pitt, y con este motivo algunos de sus admiradores adujeron el caso como circunstancia honrosísima para él y merecedora de las mayores alabanzas; pero los varones prudentes pensarán á nuestro parecer de muy diverso modo; porque si bien es cierto que los hombres de Estado menospreciadores de las riquezas deben ser preferidos á los que sienten por ellas ánsias vivas, nó lo es ménos que parece y es muy censurable la conducta de quien, recibiendo cuantioso haber del Erario público, y más de lo necesario para su decoro y regalo, deje á su patria deudas que pagar causadas por su negligencia y despilfarro. Como primer lord de la Tesorería y can-

ciller de Hacienda, siempre tuvo Pitt seis mil libras esterlinas de sueldo y casa, y además, en 1792, la cariñosa insistencia del Rey le hizo admitir el cargo vitalicio de adelantado de los Cinco puertos con cuatro mil libras más, reuniendo por tal modo diez mil libras esterlinas anuales, ingresos que para un hombre soltero, no disipador, sin parientes menesterosos, y que nunca hubo de sufragar los gastos de una sola elección, eran suficientes y aún sobrados. Pero es lo cierto que vivía en el mayor desorden; que si cada semana hubiera consagrado un corto espacio á examinar las cuentas de su mayordomo, habría podido contener el gasto de su casa en justos límites, y que si ni aún disponía de un cuarto de hora cada ocho días para este objeto, le sobraban amigos, peritísimos en materia de números, que se habrían complacido en ser sus administradores. Uno de estos amigos, acaudalado comerciante de la *City*, llegó á intentar poner orden en casa de Pitt, pero en vano, renunciando á reprimir el saqueo de sus criados, que le presentaban cuentas de nueve quintales de carne por semana, de cientos de aves, de arrobas de pescado, y de té y de azúcar en cantidades extraordinarias, porque no secundaba sus esfuerzos el principal interesado. Tanto fué así, que bien podremos decir sin temor de ser tachados de parcialidad, que aún habría sido más digno el carácter de Pitt si al desinterés de Pericles y de Witt, hubiera unido su noble frugalidad.

Pero, dando de mano á estos detalles interiores y domésticos del gran ministro de Jorge III, añadiremos que ha sido atacada su conducta política con harta frecuencia justa é injustamente, sufriendo ménos de las invectivas de sus detractores que de las alabanzas de sus apologistas, por haber ser-

vido de bandera su nombre á una falange con la cual, en momentos de crisis terrible, en uno de esos momentos pavorosos que tan eficaces son á confundir y borrar todas las diferencias establecidas, hizo accidentalmente causa común, por más que en lo esencial de los principios fuera su adversario decidido.

Por esta razón se llamaban *pittistas* los enemigos de la reforma parlamentaria, sin advertir que apoyó Pitt tres sucesivas proposiciones en favor de la reforma parlamentaria, y que, aún cuando estuviera persuadido de que la reforma no podía realizarse de manera conveniente mientras durase la efervescencia de las pasiones exaltadas por la Revolución francesa, no pronunció nunca una sola palabra de la cual pudiera inferirse que no se hallara dispuesto á volver sobre el mismo asunto en ocasión más oportuna. Por igual motivo brindaba en favor de la *supremacía protestante*, celebrando el aniversario del nacimiento de Pitt, un grupo de *pittistas*, sin advertir tampoco que había dimitido al persuadirse de la imposibilidad de hacer votar en las Cámaras la emancipación de los católicos; por lo mismo se apellidaban *pittistas* los defensores del *bill* de la prueba (*test*), sabiendo que Pitt había expuesto razones irrefutables para su abolición en los consejos del rey Jorge; y los adversarios del libre cambio, aunque Pitt profesara las doctrinas de Adán Smith con más fe que Fox y Grey; y hasta los mismos negreros, aunque nunca se hubiera mostrado Pitt más elocuente que al tratar en la Cámara de la suerte aciaga de los esclavos y de las infamias de la trata! Empero ese Pitt mítico, que así tiene parecido con el verdadero, como el Carlo-Magno del Ariosto con el de Eginardo, ha pasado ya,

y la historia imparcial y justa vengará ciertamente su memoria de las calumnias groseras encubiertas con el disfraz de la lisonja, mostrándolo á la posteridad tal como fué, á saber: ministro de inmenso talento, de honrados y rectos propósitos, de ideas liberales, dotado moral é intelectualmente de cuantas circunstancias son necesarias á los jefes parlamentarios y los hacen propios á regir con prudencia y moderacion el gobierno de los pueblos en tiempos bonancibles y serenos; pero inferior á circunstancias tan extraordinarias y terribles como las en que se halló y que fueron parte á extraviarlo, haciéndolo caer en los abismos de la debilidad y estrellarse en los escollos de la violencia.

BELTRAN BARÈRE.

I.

Las *Memorias de Beltran Barère* publicadas por Carnot y David de Angers (1) forman un libro digno por muchos conceptos de fijar el ánimo de las personas consagradas al estudio de la historia; pero más principalmente porque son á manera de protesta escrita por quien se supone haber sido víctima de la malevolencia de sus contemporáneos, y que representó principalísimo papel en sucesos de la mayor importancia. Por lo que á nosotros respecta, dispuestos nos encuentra y atentos á escucharlo, porque nada es más útil á la sociedad ni más meritorio, ni puede sernos tampoco más grato, que hacer justicia á los bienhechores de la humanidad calumniados y perseguidos de ella en pago de sus obras, y menesterosos de ayuda. Por esta causa, hemos estudiado cuidadosamente y con suma prolijidad el escrito de apelacion, ó sea la interminable apologia

(1) *Mémoires de Bertrand Barère*, publiés par MM. Hippolyte Carnot, membre de la Chambre des Députés, et David d'Angers, de l'Institut: précédés d'une notice historique par H. Carnot, 4 vol., Paris, 1843.